

dado e inédito. El que va de la tumba del Doncel de Sigüenza a la tumba de Garcilaso de la Vega, pasando por la Universidad de Alcalá, cisneriana e imperial. Esta es nuestra línea ideal cuando pedimos exactitud clásica e ímpetu joven para la obra nuestra de cada día. Este es el reflejo universitario de nuestro humanísimo «camino de las estrellas».

En la colegiata de Santa María surgió el compromiso de hacer ese itinerario resurreccional para nuestra íntima calidad universitaria. En Sigüenza haríamos profesión de sacrificio y en Alcalá tomaríamos el escudo de Cisneros—ciske y ajedrezado, arrogancia y geometría, quietud y vuelo—para cabalgar hacia Toledo. Y así, pensando en la medida justa que ha de tener lo universitario, dimos con la maravillosa norma del equilibrio entre lo intelectual y lo cordial.

Has roto la marcha, querido Javier, sin llegar a Toledo. Vives una época de crisis. Te ha deslumbrado una existencia fácil, pero sin pulso y sin sentido. Tendrás que zozobrar más para comprender la invariable razón de la moral y de los números, la belleza de la doctrina que regía tu vida.

Haz lo que quieras. Si esta carta te parece de poco homenaje y mucho reproche, perdóname. Si te parece pedante, rómpela. Pero no menosprecies la sinceridad y la amistad que en ella se renuevan hacia tí.

Ya me voy a la ciudad, sin canción y sin desmayo, a desahogar mi angustia y a reafirmar mi fe. Voy a terminar el itinerario que emprendimos juntos en la iglesia que guarda los huesos de Garcilaso. Mi oración será de los dos. Así rezaré ante el Santísimo:

«Señor y Dios nuestro: Ya hemos rendido marcha y no nos ha rendido la marcha. La ilusión que nos encendiste ha hecho cenizas la tentación al descanso. Aquí nos tienes purificados de nuestras gangas terrenas por haber hecho tu camino como no nos le inspiraste en una carta de estrellas. Gracias, Señor, por tu Providencia.

Nosotros queremos dureza y armonía en la vida de España. Sabemos que nuestra empresa es ascética y que hemos de ser piedra de escándalo de lo vulgar y de lo farisaico. Somos jóvenes y amamos lo difícil. Hemos de rescatar el sepulcro del Doncel de Sigüenza, aristócrata de la sangre y de la idea, caído en acto de servicio. Hemos de rescatar el sepulcro de Garcilaso, soldado y poeta, caído en acto de servicio. Y hemos de ir a la Universidad de Alcalá, reconquistándola y dejándonos conquistar por ella.

Haz, Señor, que en esta paz montemos guardia de exigencia para que nuestra Universidad soñada sea norma y estilo.

Sin Tí no habrá rescate ni reconquista, ni afán limpio ni quehacer

Noticias de la Vida Artística en los Estados Unidos

por FRANÇOISE PARTURIER

(Trad. de F. ALLUÉ Y MORER)

Un referéndum ha revelado que la mujer más célebre de los Estados Unidos no es Mrs. Roosevelt, sino una granjera de 88 años cuya historia entusiasma a este pueblo, amante de milagros.

Se trata de Anna Mary Robertson Moses—la «abuela Moses»—, una sencilla aldeana nacida en el Estado de Nueva York y que se ha convertido, la víspera de su 80 aniversario, en la artista más animada y menos discutida de la joven pintura americana.

Hija y mujer de granjero, la «abuela Moses», no recibió ninguna educación artística y no tocó jamás un pincel antes de sus 78 años, cuando sus hijos la obligaron al reposo. Intentó entonces distraerse componiendo cartones para tapices, cuyos motivos ella misma ideaba inspirándose en los calendarios populares y de decoración corriente. Algunos de estos cartones fueron expuestos en la feria de su comarca, mas únicamente sus conchas de fresa le valieron un premio.

Continuó pintando, esta vez al óleo, sobre motivos de la granja, la aldea y los trabajos y las fiestas del campo. Cierta día de 1938, los niños reunieron sus telas en el *drugstore* del cantón, y he aquí que cierto viajero de paso, Mr. Luis Caldor—el viajero indispensable de los cuentos—, descubrió su talento.

Nuestro hombre puso en alerta a los especialistas, y, desde 1940, la famosa Galería de San Esteban ofrece, a los neoyorkinos maravillados, escenas aldeanas cuya frescura, ingenuidad y gracia son desde ahora legendarias. Se aclamó el milagro. La prensa, la radio, difundieron en millones de ejemplares la maravillosa historia. Los psicoanalistas actuaron. Los críticos, seducidos a su vez, invocaron juntamente a Brueghel el viejo y al aduanero Rousseau. Los escritores—y sobre todo Luis Bromfield—cantaron la poesía de la obra. Los editores de tarjetas de Papá Noel, se disputaron la exclusividad para sus próximas creaciones. Ningún pintor americano, ni siquiera el célebre John Marin, conoció triunfo semejante. Y durante cerca de diez años, el éxito de la «abuela Moses» fue afirmando y justificando por una producción de la que era imposible evitar el encanto.

Las últimas telas, expuestas en Nueva York hace algunos meses, conocieron un éxito particular. Y Mr. Kallis, Director de la Galería de San Esteban, manifestó el deseo de poder organizar, en París, una vasta retrospectiva de la obra de la «abuela Moses», no ocultando que sería feliz si el Museo de Arte Moderno francés aceptaba alguna tela del más famoso «primitivo» americano.

**

Entre las recientes manifestaciones artísticas de Nueva York, señalemos en el Museo de Arte Moderno, la muy curiosa exposición de *Collages*, es decir, cuadros compuestos de viejos trozos de tisú o de papel: diarios, programas, etiquetas diversas, pegadas sobre una tela formando conjunto pictórico.

perdurable. Que los jóvenes de España descubran en la geografía y en el espíritu este camino, y lo sigan apasionadamente.

Y a nosotros, Señor, haznos após-

Fueron los cubistas de París—Braque, Juan Gris y Picasso—quienes inauguraron el procedimiento antes de la guerra del 1914. El resultado no fué, por otra parte, muy diferente del de sus otras composiciones. El primer «collage» conocido es de Jorge Braque, quien en 1912 pegó bandas de papel pintado sobre uno de sus cuadros, titulado «La Corbeille de Fruits». Fué pronto imitado por Picasso, quien, con un poco de *gouache*, dos trozos de lápiz, una etiqueta de «La Suze, aperitif à la gentiane» y fragmentos de periódicos, en los que podían leerse noticias de la guerra de los Balkanes, compuso en 1913 «La Bouteille de Suze», cuyo conjunto gris, blanco y pardo, se hallaba realizado por una etiqueta grosella y un círculo de papel azul. Hallazgo interesante, pero mucho más próximo de lo que nunca había dejado de hacer Braque que de la manera futura de Picaso. Este se limitó a llevar el género al último extremo.

Hacia 1920, la moda de los «collages» ganó favor en Alemania, siendo continuada por el grupo «dadaísta» y «surrealista» de Zurich, del que Jorge Grosz y Max Ernst fueron los más célebres descendientes. No satisfechos de utilizar para sus cuadros viejos tisúes y viejos papeles, emplearon además toda clase de materiales: pedazos de madera, trozos de vidrio, muelles de relojes, cabellos, recibos, sellos de correo, tickets de tranvía, billetes de Banco y fotografías adulteradas por cortes y sobreimpresiones. El resultado fué muy diferente de la inicial idea de los cubistas parisinos. El juego, la fantasía agresiva—necesidad de «épater le bourgeois»—, superan aquí la delicadeza artística. Se asegura, sin embargo, que este género de ejercicio influyó mucho sobre los surrealistas en su evolución.

En todo caso, el «collage» ha sobrevivido hasta nuestros días, y la exposición de Nueva York muestra una obra de Schwitters fechada en 1946 (una de sus últimas composiciones, ya que él muere ese año en Inglaterra, donde buscó refugio en 1937). Se pueden contemplar también obras recientes de Joan Miró y de Salvador Dalí, del americano Arthur Dove y del inglés Roland Penrose.

Tales ejercicios parecen hoy pasados de moda, y, por ello, si se mira con atención el centenar de telas expuestas, desde los fragmentos de diarios cúbicamente orquestados hasta los sabios montajes fotográficos, descúbrese pronto que el género no ha muerto, sino que revive ciertamente en los «découpages» de Hollywood, en la publicidad americana—puerta de oro del surrealismo—, así como entre los decoradores y dibujantes de modas, creadores de «écharpes» en los que puede leerse: «Te amo», entre torres Eiffel.

La sobreimpresión en su desarrollo no se ha limitado a las bellas artes; no olvidemos las fantasías de Cocteau, ni el famoso poema de Apollinaire impreso en forma de corbata. ¿Quién puede asegurar que Paul Eluard no se ha sentido influido también por estas digresiones pictóricas?

Nueva York, Julio.

toles del hallazgo y concédenos una muerte cristiana en el humilde servicio de enseñar el «camino de las estrellas». Amén.»

LUIS ORTEGA HERRAIZ